





LOS ÚLTIMOS CENTAUROS



David Padilla Garza

LOS ÚLTIMOS
CENTAUROS



Primera edición: noviembre 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© David Padilla Garza

ISBN: 978-84-17548-60-5

ISBN digital: 978-84-17548-61-2

Depósito legal: M-36192-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi familia y amigos,
por ellos y para ellos*



Concurso de verano

Viernes, siete de la mañana, Joel Albín se levanta para ir al concurso de Historia Universal. Joel despertó también a su compañero Matías Farquarson de nacionalidad argentina, quien de mala gana le dijo:

—Joel, ¿qué pasa, por qué me despiertas?

—Amigo Farquarson, ya es hora de alistarnos para el concurso. Debemos estar en una hora en el Centro de Convenciones de Washington —respondió Joel.

—¡Es cierto, lo había olvidado!

Matías se incorporó a toda prisa. Esta era la última etapa del certamen en el que Joel y su equipo aventajan al resto de los contrincantes.

Joel abrió las llaves de la regadera para disfrutar un reconfortante baño y vestirse. Una vez arreglado, mientras esperaba a Matías, se acomodó un momento en la orilla de la cama, abrió el cajón del buró y sacó todas sus fotografías en donde aparecen él y su familia en Zacatecas, México, de donde es originario. Al observar las imágenes sintió una gran nostalgia por no poder estar cerca de los suyos, pero también estaba orgulloso de la lucha que enfrenta cada día por lograr uno de sus más grandes sueños: obtener el título de Licenciado en Historia Universal por la Universidad de Washington. Cuando encontró la fotografía tomada en la pirámide La Quemada, Zacatecas, la miró largo tiempo, especialmente la figura de su padre, Jonás Albín, quien antes de viajar a Washington le dijo: *Sé lo que quieras ser o simplemente no serás nadie*. Para el estudian-

te mexicano estas palabras son la fuerza que lo impulsan a dar lo mejor de sí mismo diariamente y a cada momento.

Mientras Joel continuaba rememorando instantes de su vida, Matías salió a toda prisa de la ducha con todo el ánimo para ganar el concurso, y dirigiéndose a Joel le dijo:

—¿Amigo, estás listo? En unos minutos termino para irnos de inmediato.

Tal como Matías lo dijo, le llevó cinco minutos alistarse y tanto Joel como él salieron del apartamento. Camino al estacionamiento, Joel le preguntó a Matías.

—¿Oye, Matías aquí en Washington hace tanto frío como en Mendoza, Argentina? Porque a decir verdad, para ser verano siento un frío de los mil demonios.

A lo que Matías respondió:

—No, en esta época del año en Mendoza y en la mayoría de las provincias de Argentina el clima es helado, recuerda que en verano hace mucho frío y en invierno hace demasiado calor. Sabes, aquí sigo sin sentirme identificado con el estilo de vida estadounidense, en verdad me gustaría estar bebiendo un buen mate junto a una fogata, pero todavía falta tiempo para disfrutar nuevamente un momento así. Casi no recuerdo la última vez que vi caer las hojas de los árboles en otoño; cada día aquí en Washington se me hace largo, triste y monótono. De verdad me gustaría ganar el concurso e irnos por un buen rato para dejar de cumplir con la obligación de vivir en un lugar al que no pertenezco —expresó con nostalgia el argentino.

Antes de llegar al automóvil de Joel, una voz masculina gritó:

—*Hey, guys, wait me up!*

Al escuchar esa voz, Joel supo de quién se trataba y con cierto disgusto comentó:

—¡Ah! ¿Cuándo entenderá que con nosotros debe hablar en español?

—Lo sé, a mí tampoco me agrada cuando lo hace —contestó Matías.

La persona que se acercaba corriendo era Bradley Port, un joven de color compañero y amigo de los chicos desde los inicios de sus estudios en la Universidad, él también estudia Historia Universal.

Estando con los jóvenes latinos Bradley preguntó:

—*How you been doing?*

—Bradley si dominas bien el español, ¿por qué no simplemente lo hablas con nosotros y el resto del equipo? —preguntó Joel.

—Porque permítame recordarte, que estamos en mi país y por eso les hablo en inglés, pero si no quieren lo hacemos en su idioma —contestó Bradley.

Entre risas y buen humor, los tres subieron al automóvil para dirigirse al concurso.

En el camino, Bradley preguntó:

—Joel, me agrada tu sedán, ¿es estadounidense?

—Tú mejor que nadie lo sabes, Bradley. Creo que puedes distinguir entre las compañías automotrices de tu país y las extranjeras, ¿qué no? —contestó Joel.

—No me refiero a eso, Joel... quiero decir si este auto se fabricó en México.

—No, Bradley. Mi padre me envió un poco de dinero para comprarme un coche económico, útil para ir y venir de la universidad.

Joel continuó la plática con Bradley, deseaba tener una charla amena y así liberar las tensiones propias del encuentro que tendrían más tarde. De repente a Bradley se le ocurre preguntar algo ajeno a los autos.

—Joel, ¿qué pasa entre tú y Carolina, la chica de Colombia?

Sin dar oportunidad a que el mexicano respondiera, Matías comentó:

—Haces una muy buena pregunta, Bradley.

—¿Qué hay entre tú y Carolina? Y por favor no vayas a decir que solo es amistad porque sonaría falso e increíble —expresó Matías.

—Por favor, amigos, me conocen, saben que siempre les digo la verdad. Carolina me parece una joven muy atractiva pero con

metas diferentes a las mías, por lo tanto prefiero conservarla como una buena amiga a perderla por una relación que difícilmente podríamos entablar; espero entiendan mis razones y las respeten. Ahora les propongo cambiar de tema pues lo importante no son mis preferencias personales sino el compromiso al que nos vamos a enfrentar —pidió Joel.

—Bueno, Bradley valió la pena el intento por saber algo más de nuestra compañera Carolina —comentó Matías.

—Me parece que sí, amigo, de cualquier forma estamos a punto de llegar, espero que ustedes estén igual de tranquilos que yo —dijo Bradley.

Los tres jóvenes bajaron del auto, nerviosos y con pasos rápidos caminaron hacia el área de registro. Estando allí se acercó una joven de nombre Marisol Silvestre.

Marisol es boliviana, oriunda de Potosí. Ella estudia la Licenciatura en Historia Universal gracias a una beca obtenida en atletismo.

En Potosí la consideraban una de las atletas jóvenes más rápidas, unos visores norteamericanos se acercaron para ofrecerle la beca en la Universidad de Washington, misma que Marisol aceptó gustosa.

Ella viajó a los Estados Unidos sin importar la falta de apoyo económico de su padre, cuyo único propósito en la vida era beber debido al dolor causado por la muerte de la madre de Marisol dos años atrás, situación que su padre no ha podido superar, pero Marisol era firme de carácter, cualidad que le permitía trabajar sin perder la concentración en los estudios.

En cuanto Marisol se acercó, Matías exclamó:

—¡Vaya, vaya! Pero si es la señorita Silvestre, ¿te encuentras lista para el concurso? Me imagino que esta será la etapa más dura de toda la competencia.

—También lo pienso así, Matías, pero no me asusta. Solo necesitamos un último esfuerzo para lograr la meta. Ansío tanto ganar ese viaje a Grecia que llevo varias noches sin conciliar el sueño de lo emocionada que me encuentro —contestó Marisol.

Bradley al ver el entusiasmo de Marisol, la observó y le dijo:

—Es bueno saber que contamos con ese tipo de actitudes, Marisol. Debo agradecerte a nombre mío y de mis compañeros, tu entrega hacia el equipo. Nos has sacado de momentos complicados durante todas las etapas. Espero seguir aprendiendo más de ti y considero que eres la persona con mayor capacidad de todos nosotros.

Bradley no pudo terminar de expresarle a Marisol todo lo que quería decirle pues Joel lo interrumpió:

—Bradley, dejemos los sentimentalismos para después por favor, es momento de luchar por ese viaje, así que vamos a nuestra mesa.

Los jóvenes entraron al Centro de Convenciones. El lugar estaba decorado con luces tenues ya que, de acuerdo a los organizadores, una iluminación normal podría distraer a los concursantes y sacarlos de concentración. Ya en el interior, Joel y sus compañeros atravesaron el área destinada al público hasta llegar al estrado, en el cual había seis mesas acomodadas en dos filas; cada fila con tres mesas de manera que los integrantes de los equipos estuviesen frente a frente. A un costado se colocó el lugar del moderador del certamen. Ninguno de los participantes podía gritar o hablar en voz alta por respeto a compañeros y equipos, incluso la audiencia debía permanecer en silencio.

Cuando por fin Joel y sus compañeros llegaron a su lugar, tercera mesa del lado izquierdo, ya se encontraban en ella Carolina Meneses y Lucía Morera; Carolina, de Cali, Colombia, y Lucía, de San José, Costa Rica. Carolina, en tono de reclamo les preguntó a sus compañeros:

—¿En dónde han estado? Acordamos dar un pequeño repaso antes de comenzar el evento.

Matías le respondió con tono sarcástico:

—No te preocupes, Caro, venimos muy bien preparados. Debemos tomar las cosas con más calma, aparte contamos con Mari-

sol, quien de todos nosotros es la que ha respondido correctamente en más ocasiones.

El comentario disgustó a Carolina debido a que sentía celos de la preparación de Marisol pero un momento después la aclaración dejó de importarle.

Lucía con voz firme recordó a sus compañeros la única regla establecida por ellos mismos:

—Recuerden, en cada pregunta que se nos planteé debemos buscar la respuesta en equipo, no individualmente, ¿entendido?

A lo que todos respondieron:

—¡Entendido!

Ya con todos los equipos instalados en las mesas, solo esperaron un par de minutos para iniciar la competencia. Los integrantes del equipo de Joel se mostraron seguros y tranquilos con sus respuestas.

Al comenzar la última etapa, el moderador les explicó que se harían cinco rondas de diez preguntas y treinta segundos para responder cada pregunta. Al terminar la primera, el equipo de la Universidad de Washington contestó correctamente ocho preguntas. En la segunda ronda acertaron siete de las diez preguntas. En la tercera, acertaron a casi todas, excepto una pregunta. En la cuarta, volvieron a contestar ocho de las diez preguntas, pero en la última ronda no se habían visto tan afortunados. Faltando una pregunta para todos los equipos, el grupo de Washington había acertado a cinco preguntas por lo que debían contestar la última para ganar, de no hacerlo se les daría a los demás equipos la oportunidad de pasar a la muerte súbita. La Universidad de Ithaca, de Nueva York, era la que más posibilidades tenía de hacerlo. La pregunta era la siguiente:

—En Noruega, ¿a qué se le denominó la noche de los 400 años?

Una pregunta bastante complicada para los equipos. Joel y sus compañeros se reunieron para discutir la respuesta pero ninguno de ellos tenía la certeza de tener la respuesta exacta, excepto Bradley, a quien no tomaban en cuenta por considerar que era el

miembro del equipo menos preparado gracias a sus distracciones y falta de estudio. Con veinte segundos transcurridos en el cronómetro y sin que ninguno de los otros equipos respondiera, Bradley se sintió seguro de sí mismo y sin consultar a sus colegas que seguían discutiendo, tocó el botón y dijo en inglés:

—Es el periodo histórico que atravesó Noruega entrando en unión con Dinamarca, a causa de haber perdido su línea de sangre real en 1837.

Los compañeros de Bradley de inmediato lo miraron con enojo por no haber comentado previamente la respuesta con ellos; también voltearon a ver al moderador esperando su indicación:

—Respuesta... ¡correcta! —exclamó en inglés el moderador.

Bradley y sus compañeros saltaron de júbilo al saber que habían ganado el concurso y por lo tanto un viaje a Grecia con todos los gastos pagados.

Después de la competencia todos los estudiantes acudieron a un salón privado en donde les ofrecieron una cena tanto al equipo triunfador como al resto de los concursantes por haber concluido de manera exitosa el certamen. Ya reunidos, los jóvenes discutían con Bradley la respuesta que había dado sin consultarles, pero reconocían que gracias a él ganaron el certamen. Bradley con su acostumbrada presunción les dijo:

—Para todos ustedes que no creían en mí, les he demostrado mi capacidad y también les regalé el viaje a Grecia, así que no se molesten en pagarme una cena.

—Es suficiente, Brad, agradecemos nos hayas salvado, pero tampoco tienes que irritarnos —contestó Joel.

—Alguien respóndame, ¿cuándo debemos salir a Grecia? —preguntó Joel, Carolina observándolo fijamente le respondió:

—Tengo entendido que para inicios de vacaciones de verano. Si estamos en mayo, el viaje estará programado para mediados de julio, creo. De todas maneras nuestro director nos dará todos los detalles la siguiente semana.

Joel escuchaba a Carolina pero no la miraba. Cuando ella terminó de responder, el estudiante mexicano se apartó de sus com-

pañeros para dirigirse al balcón que había en el inmenso salón en donde transcurría la cena.

Carolina al ver la conducta de Joel se quedó muy extrañada. Al notar que no regresaba decidió ir a buscarlo. Cuando lo encontró en el balcón, se acercó y le dijo:

—¿Tan incómodo resulta estar conmigo, Joel?

Joel volteó su mirada hacia Carolina con cierto asombro y le molestó la simple presencia de ella.

—No, no me incomoda, Carolina, pero no quiero ser objeto de burlas cuando nuestros amigos se den cuenta que me gustas mucho —respondió Joel.

Carolina con cierta decepción lo miró directamente a los ojos:

—¿No crees que haces obvio lo que no quieres sea tan obvio? Con esta actitud generas burlas. Habla conmigo, soy tu amiga y te apoyaré siempre que lo necesites, ¿entendido?

—¡Jesús! Me recuerdas a mi madre. ¡Entendido! —contestó Joel más tranquilo y satisfecho con todo lo que dijo Carolina.

Después de la charla, Joel y Carolina regresaron con sus compañeros. De ese momento hasta el final de la cena, todo el equipo de la Universidad de Washington se dedicó a disfrutar su victoria, a bailar y cenar hasta que sus cuerpos dijeron ¡Basta!

Al día siguiente, sábado por la mañana, Bradley llamó por teléfono a Joel para insistirle en ir a festejar el triunfo a un conocido bar de la ciudad, pero a Joel no le convencía la propuesta. Sin embargo después de analizarla un poco decidió que valía la pena distraerse un rato, después de todo conocerían Grecia.

Joel regresó la llamada a Bradley diciéndole que estaba todo listo para que el equipo saliera a divertirse ese sábado por la noche.

Desde ese momento y hasta la hora de reunirse en el *Late Night* el timbre del teléfono del estudiante de Zacatecas no dejó de sonar ya sea para cancelar o confirmar la asistencia de cada uno de los integrantes del equipo, al final todos acordaron verse en el lugar.

Cuando Joel y Matías arribaron al bar ya se encontraban en la mesa Marisol y Lucía, a quienes recibieron de muy buen humor y

una sonrisa. Matías que como es típico de sus compatriotas argentinos, llevaba la cabellera larga y suelta, vestía un saco azul marino y una camisa azul claro. Lucía y Marisol quedaron estupefactas con el atuendo de Matías, ya que no acostumbra vestirse así ni tampoco arreglarse el pelo, pero consideró que la ocasión lo ameritaba. En cuanto a Joel, su elección consistió en una camisa de vestir color amarillo claro con suéter y pantalones negros, él no causó gran impresión a sus compañeras debido a que suele acudir a clases con este tipo de combinaciones, incluso a diferencia de Matías, Joel llevaba una cabellera corta y bien peinada.

Al llegar a la mesa, Lucía hizo un comentario a Matías respecto a su ropa:

—Matías, te arreglaste perfectamente para esta ocasión. Nos has impresionado a Marisol y a mí.

—Bueno, amiga mía, no todos los días se gana un concurso y sobre todo, un viaje a Grecia. Por eso al ser un día tan especial decidí vestirme para la ocasión, por lo que agradezco tus comentarios.

Cuando Joel, Matías, Marisol y Lucía platicaban animadamente, Marisol preguntó a Joel acerca de Carolina, quien molesto, intentó evadir el tema pero Lucía también intervino de manera directa:

—A ver, Joel, por favor, contesta nuestra pregunta, entiende que las tres hemos formado un grupo de hermanas que nos apoyamos, por eso dínos, ¿te gusta Carolina?

Perplejo ante la pregunta, no pudo responder nada de inmediato y justo cuando clavó los ojos en Marisol y Lucía, Carolina entró al bar acaparando las miradas de los caballeros. Joel al verla, exclamó con cierto nerviosismo:

—¡Vaya! Pero si es Carolina. Ya llegó Carolina. ¿Sabes qué hora es? ¿Se te hizo tarde jovencita? —dijo Joel.

Y después soltó una carcajada y de inmediato expresó:

—¿Me disculpan un momento? Voy a lavarme las manos.

Sorprendidas, las chicas murmuraron entre ellas por lo que Matías decidió ir al baño también.

En el interior del baño Matías le preguntó:

—¿Qué te pasa, Joel, estás incómodo con las preguntas de las chicas? Todos nos damos cuenta lo mucho que te disgustan estas aclaraciones pero, amigo, debes aprender a controlar tus impulsos —comentó Matías.

Joel volteó a verlo y dijo:

—¿O sea, tú también ya lo sabes? No entiendo por qué les resulta importante el hecho de que una mujer me guste. Me considero un cobarde por ello —respondió Joel.

—No es que seas un cobarde —dijo Matías—, simplemente no eres una persona que se desenvuelva con las mujeres; ahora olvídate de nosotros y averigua si Carolina siente lo mismo que tú, estoy seguro que ambos están hechos uno para el otro. Bien, regresemos con las chicas, no debemos dejarlas solas —finalizó el argentino.

Cuando volvieron a la mesa con sus compañeras, ya se encontraba ahí Bradley Port, quien las mantenía de buen humor con chistes y anécdotas graciosas de él mismo.

Los jóvenes disfrutaban la velada con brindis y buen humor, sin embargo después de algunas horas, Matías, ya con algunos tragos extras, hizo un comentario fuera de lugar acerca de que Bradley simplemente era un joven acostumbrado a la buena vida ya que sus padres lo consentían de manera excesiva. Joel intentó detener a Matías pero este no escuchaba razones:

—Matías, ya es suficiente. No sigas con tus comentarios, no arruines la velada.

—Espera, Joel, no me quites el derecho de decirle a Bradley lo que en verdad pienso de él —respondió Matías.

Bradley, consciente de lo que expresaba Matías, respondió con enojo:

—Matías, no tienes ningún derecho a expresarte de mí de esa manera; desconoces todo lo que hemos pasado mi familia y yo, y como tienes ganas de molestar siquiera que sea con razón y no a base de injurias. Te voy a contar mi historia —expresó Bradley.

—Mi padre, Clinton Port, no tuvo una juventud cómoda, al contrario. Cuando él cursaba la preparatoria fue bastante problemático, no le importaba nada ni nadie de su familia, simplemente quería fastidiar a gente buena, porque envidiaba todo lo que poseían. Gracias a las malas influencias de sus amigos, su situación familiar y escolar empeoró cada vez más sin que a él le importara.

—También vendió droga generando una convivencia muy problemática, llena de enemistades lo cual perjudicaría su futuro, el de mi madre y el mío.

—Cuando conoció a mi madre en la preparatoria, ambos se enamoraron y gracias a ello mi padre maduró un poco. Gracias a ese amor que se tenían nació yo justo antes de que ellos terminaran sus estudios de preparatoria. Mi madre Linda Port, decidió no continuar la Universidad para criarme; a mi padre eso no le importó mucho pues a pesar de haber madurado un poco seguía con sus problemas de vandalismo, y cuando comprendió que simplemente las cosas no mejorarían a menos de que él hiciera algo, se comprometió con mi madre para seguir con sus estudios.

—Cuando yo cumplí cinco años, mi padre se graduó en Ingeniería Bioquímica. Después de ese avance decidieron casarse, compraron su casa y nos mudamos a Galesburg, Illinois, debido a que a mi padre le ofrecieron un excelente trabajo en una empresa dedicada a producir alimentos para congelación. Pero como lo mencioné antes, mi padre generó muchas enemistades y también llegó a deber mucho dinero gracias a sus ventas de narcóticos, él sabía que tarde o temprano tendría que encarar esos problemas.

—Muchos enemigos de mi padre encontraron la casa en donde vivíamos, dispararon sin importar quién estuviera adentro. Eso no pasó solo una vez, fueron varias ocasiones, por lo que ellos decidieron protegerme con mis vecinos hondureños. La familia Agurcia se encargó de resguardarme mientras se tranquilizaban los problemas, por eso domino muy bien el español, ya que duraba semanas enteras viviendo con en su casa.

—Mi padre, en Galesburg, había decidido vivir en un vecindario que no era nada tranquilo, lo hizo creyendo que de esa forma sería menos peligroso para mi madre y para mí, pero creo que no le funcionó.

—Yo solo tenía trece años cumplidos cuando sucedió todo lo que les estoy narrando, sin embargo, creo que todas estas vivencias me han servido para ser el hijo que soy, el estudiante que soy, y el amigo que soy con todos ustedes. Por eso, Matías, no debes juzgarme de la manera en que lo has hecho sin antes saber mi historia. Soy una persona que está agradecida por todo lo que se me ha brindado. Estoy agradecido y orgulloso de mis padres Clinton Port y Linda Port. Y, si me permiten, ya no me siento con ánimos de continuar con este festejo.

Bradley se puso de pie, sacó la cartera para dejar unos cuantos billetes en la mesa y pagar su consumo, después simplemente se retiró del bar sin decir palabra alguna.

Los compañeros al ver cómo se iba Bradley, se sintieron incómodos por la forma en la que sucedieron las cosas y ni siquiera Matías se atrevió a decir algo, hasta que Marisol decidió romper el silencio:

—Bueno, supongo que el buen momento que estábamos pasando ha concluido, será mejor que nos retiremos a descansar —finalizó Marisol.

—Sí, yo también pienso que es debemos retirarnos —comentó Joel.

Cada quien pagó lo suyo y se retiraron.

Camino al estacionamiento, Joel expresó que él las llevaría a sus apartamentos pues no era seguro dejarlas solas en la madrugada.

Matías, quien regresó con sus compañeros, seguía sintiéndose mal por su pésimo comentario y durante todo el trayecto guardó silencio.

En cambio, tanto las chicas como Joel conversaban sobre temas ajenos a Bradley. Cuando por fin la última de las chicas entró a su apartamento, Matías se atrevió a decir:

—Estoy muy avergonzado de mi comportamiento, Joel.

—Lo sé —le respondió.

—Pero, Matías, deja ya ese momento en el pasado. El lunes a primera hora busca a Bradley y ofrécele una disculpa por tus comentarios, ¿entendido?

—Entendido. Lo haré, pero no creo sentirme bien hasta el lunes, así que tendrás que ser tolerante y sobre todo, distraerme durante el fin de semana —dijo Matías.

Joel al escucharlo, sonrió con sarcasmo y continuaron el camino hasta llegar a su departamento.

Lunes, cinco de la mañana, suena el despertador de Joel. Se levanta de su cama para ir a clases. Todo adormilado toma sus objetos personales para tomar un baño.

Al terminar, ya lo esperaba Matías para ducharse también.

Ambos salen presurosos del apartamento ya que tendrían la materia de Arqueología a las siete de la mañana.

Finalizada la primera clase, Matías y Joel fueron a la cafetería por un refrigerio; momentos después llegaron las tres amigas a saludar y disfrutar el almuerzo en la misma mesa. Mientras platicaban todos los compañeros, Lucía tuvo la ocurrencia de preguntar a Matías si ya se había disculpado con Bradley por el incidente del sábado, a lo que Matías contestó:

—No, aún no, pero en el momento más oportuno lo voy a buscar, solo espero que no siga enojado conmigo.

Cuando Joel y Matías tomaban clase de Geografía Universal, el supervisor llamó a los dos a su oficina. Extrañados y temerosos acudieron sin titubear. Cuando entraron al despacho del Directivo se encontraban también sus compañeros de equipo en el concurso, todos excepto Bradley.

El supervisor Thomas Raynor miró a Joel y Matías y se refirió a todos con dificultad para hablar en español:

—Me alegra verlos y les informo que la junta Directiva me entregó los papeles con las fechas, condiciones y requisitos del viaje que ganaron en el certamen. Lo primero que deben saber es que

la salida rumbo a Grecia está programada para el viernes seis de julio, por lo tanto deberán tener lista la documentación requerida y de la que deberán entregarme copias para hacerlas llegar a los responsables del viaje.

Raynor continuaba dando instrucciones a los jóvenes, quienes se mostraban muy felices, por ello Matías no paraba de sonreír y emitir comentarios a los compañeros que tenía en ambos lados. El Supervisor al percatarse de la conducta de Matías, lo miró por un momento y le preguntó:

—¿Hay algún inconveniente, señor Farquarson? Porque si lo hay, hágamelo saber en este momento por favor.

—No, no hay ninguno, lo lamento —contestó Matías.

El Supervisor dejó de observar a Matías, se acercó a su escritorio, tomó seis sobres y comenzó a repartirlas:

—Bien, les entrego estos sobres con las instrucciones precisas y claras. Tienen un mes para entregarme lo que en ellos se solicita.

—Antes de terminar, quiero felicitarlos por su brillante participación en el concurso, ya que gracias a él han logrado este premio, disfrútenlo y preparen sus maletas porque ¡Se van a Grecia, jóvenes! —concluyó.

De inmediato los estudiantes voltearon a verse muy sonrientes y aunque faltaba más de mes y medio para partir, en poco tiempo estarían volando rumbo a Grecia.

Emocionados, los chicos abandonaron la oficina en medio de comentarios, en ese momento llegó Bradley, y Joel, discretamente, le dijo a Matías:

—Ahora es momento de ofrecerle tus disculpas, amigo.

—Estoy de acuerdo contigo pero antes hazme un favor, aparta un poco a las chicas y te lo agradeceré infinitamente —dijo Matías.

Joel lo miró y le sonrió:

—Ok, haré, pero tienes que disculparte con Bradley —respondió.

Joel se acercó a las chicas de manera discreta para que Bradley no lo notara. Tomó a Carolina y Lucía de los hombros pidiéndoles

que lo acompañaran, los amigos se retiraron contentos y sonrientes comentando el viaje.

Matías, al ver que sus amigos se alejaban, se acercó a Bradley, quien de inmediato se encaminó al salón de su siguiente clase, para hablarle:

—¿Bradley, vas a seguir molesto conmigo? —preguntó Matías.

El estadounidense sin mirar siquiera a Matías, le respondió:

—¿Por qué no habría de estarlo, Matías? Tu actitud fue muy desconsiderada el fin de semana. Todos estábamos pasando un buen momento hasta que tu molesta ebriedad ocasionó que hicieras comentarios de mal gusto —respondió.

Bradley caminaba cada vez más rápido dando la impresión de querer evitar la conversación. Matías al comprender la postura de su amigo sintió desesperación y con un tono de mayor exigencia le dijo:

—¿Bradley, podrías detenerte un momento y mirarme cuando te hablo? Intento enmendar el error que cometí contigo.

El chico se detuvo de manera repentina, volteó y lanzó a Matías una mirada de disgusto. Matías suspiró y de frente expresó:

—Gracias. Escucha, lo que pasó el sábado por la noche fue una total descortesía y una grosería de mi parte. Lamento haber dicho lo que dije y al conocer tu historia no pude haberme sentido más infeliz. Por favor acepta mis disculpas.

Bradley miró fijamente al argentino sin creer totalmente en su sinceridad, pero cuando vio que no le quitaba ni un instante la mirada, decidió darle otra oportunidad.

—Ok, Matías, acepto tus disculpas, espero que esto no se repita, ¿queda claro? —contestó Bradley.

Matías de inmediato sonrió y lo abrazó para después darle dos palmadas en la espalda expresándole:

—Gracias, Bradley, prometo no fallarte.

—Ok, Matías, pero no te encariñes mucho conmigo. Ahora lancemos a los chicos que hay muchas cosas que planear para el viaje.

Matías y Bradley tranquilos y alegres se unieron al resto de sus
compañeros.